

LAS FUENTES PRINCIPALES DE LOS VIAJES POR ESPAÑA (1779) DE HENRY SWINBURNE

JOSÉ FCO. PÉREZ BERENGUEL

Universidad de Alicante

RESUMEN: *El artículo trata de las diferentes fuentes documentales, orales y escritas, que el inglés Henry Swinburne utiliza en su libro *Travels through Spain in the years 1775 and 1776* (Londres, 1779). Se analizan en éste las fuentes literarias citadas, procedentes de la literatura española, francesa e inglesa, en especial el destacado papel del Quijote; las fuentes históricas y etimológicas, clásicas y modernas, de muy diversa procedencia; y, por último, dos testimonios contemporáneos de gran relevancia. Uno sería la traducción de un texto anónimo realizada por un oficial español que relata en primera persona los pormenores del fallido desembarco de Argel (1775), y el otro la descripción detallada, tomada de un comerciante irlandés establecido en España, de los diferentes tipos de barrilla, planta muy apreciada en la época y cuya comercialización llegó a tener destacada importancia.*

PALABRAS CLAVE: España. Siglo XVIII. Viajeros ingleses. Don Quijote. Shakespeare. Voltaire. Dryden. Patrimonio árabe. Argel. Barrilla.

THE MAIN SOURCES OF HENRY SWINBURNE'S *TRAVELS THROUGH SPAIN* (1779)

ABSTRACT: *This paper analyses the different documentary sources, both oral and written, used by the English traveller Henry Swinburne in his book *Travels through Spain in the years 1775 and 1776* (London, 1779). It covers his main references to Spanish, English and French literature, focussing especially on the outstanding influence of *Don Quixote*; the book's etymological and historical sources, both classical and contemporary; and finally two highly significant modern testimonies. One is the translation of an anonymous text written by a Spanish officer describing in detail the navy's failed landing in Algiers (1775). The other includes a detailed description, provided by an Irish merchant settled in Spain, of the different types of*

José Fco. Pérez Berenguel es profesor en la Universidad de Alicante. Dirección para correspondencia: Departamento de Filología Inglesa, Facultad de Filosofía y Letras, Campus de Sant Vicent del Raspeig, Apdo. 99, 03080 Alicante. E-mail: jfpberen@ua.es

«barrilla», a plant that was highly appreciated and productively exported at the time.

KEY WORDS: Spain. 18th Century. English travellers. Don Quixote. Shakespeare. Voltaire. Dryden. Arab heritage. Algiers. Barilla.

1. HENRY SWINBURNE Y SU RELACIÓN CON ESPAÑA

Henry Swinburne nació en Bristol en 1743. Criado en el seno de una familia acomodada de tradición católica, cursaría estudios universitarios en Francia y, posteriormente, en la Academia Real de Turín, donde desarrollaría un genuino interés por el arte y la literatura. Ambas experiencias le servirían para conocer adecuadamente otras dos lenguas europeas tan relevantes como el francés y el italiano. De vuelta a Gran Bretaña, se casaría en 1767 en París con Martha, una rica heredera de formación también católica, estableciéndose ambos algún tiempo en Hamsterley (Durham) antes de emprender de nuevo viaje al extranjero, en 1774. Tras vivir en Burdeos durante casi un año aceptaría la invitación de un amigo suyo, Sir Thomas Gascoigne, para realizar un largo viaje por España. La idea de visitar este país tan poco conocido y la posibilidad de escribir un libro en el que relatara sus impresiones, en un momento de gran demanda editorial de la literatura de viajes, debió agrardarle mucho ya que pronto emprenderían la marcha. Fueron acompañados hasta Bayona de su esposa Martha, donde se quedó finalmente, quizás pensando, como afirma Ana Clara Guerrero, en que éste «era un viaje demasiado complicado para una mujer»¹, entendiéndose bien, de la época. Fruto de tal experiencia, de casi un año de duración, fueron sus *Travels through Spain in the Years 1775 and 1776*, publicado en Londres en 1779 e ilustrado con «varios monumentos de arquitectura árabe y romana» tomados del natural². Una traducción francesa sería publicada en francés por Laborde en 1787.

Encontramos tres tipos de fuentes principales en la obra de Henry Swinburne: las literarias, las de carácter histórico-artístico y los testimonios directos, orales o escritos. Las dos primeras suelen hacer referencia a autores u obras pertenecientes a la historia de las ideas, la creación literaria o la descripción de hechos históricos u objetos artísticos. Mientras tanto la tercera, de carácter más contemporáneo y testimonial, incluye una traducción de un texto procedente de un oficial anónimo testigo del fallido desembarco español en Argel, así como la

¹ GUERRERO, Ana Clara, *Viajeros británicos en la España del siglo XVIII*, Madrid, Aguilar, 1990, pág. 65.

² SWINBURNE, Henry, *Travels through Spain in the years 1775 and 1776*, London, P. Elmsly, 1779, 1^a edición. Todas las citas empleadas en el presente estudio toman como referencia esta edición por lo que cada vez que aparezca una cita se hará mención, entre paréntesis, de la/s página/s correspondiente/s.

descripción de los tipos de barrilla y su explotación industrial extraída del relato de un conocido comerciante de origen irlandés afincado en Cartagena.

2. FUENTES LITERARIAS DE LA OBRA DE SWINBURNE

En el *Viaje por España* de Swinburne hay una influencia que destaca por encima de todas las demás. Se trata de *Don Quijote de La Mancha* (1.^a parte 1605, 2.^a parte 1615) de Don Miguel de Cervantes Saavedra. Los dos personajes principales de la obra son citados abundantemente y Swinburne aprovechará cualquier ocasión para rememorar algún pasaje de la obra original. Esto no suponía una novedad tan grande, como tendremos ocasión de comprobar, dada la importante repercusión de la obra en la Inglaterra del siglo XVIII. No en balde en ningún país fuera de España se ha admirado tanto a Cervantes ni se ha apreciado tanto a Don Quijote como en éste³. La primera traducción del *Quijote* a una lengua extranjera sería precisamente la versión inglesa de Thomas Shelton (1.^a parte 1612, 2.^a parte 1620), que obtendría un gran éxito. Del mismo modo, varios de los dramaturgos ingleses más importantes, como Ben Jonson, Beaumont, o Fletcher por ejemplo, aludieron al héroe o a alguna de sus aventuras contando con la debida complicidad del público, e incluso en 1613 se representó en Londres una obra, lamentablemente desaparecida, basada en algunos personajes de la novela y titulada *La historia de Cardenio*, escrita por Fletcher y en la que al parecer pudo haber intervenido también el propio Shakespeare. En 1700 salió a la luz otra traducción de *Don Quijote de La Mancha*, hecha por el francés Motteux, antes de aparecer en el mismo año una edición revisada de la ya mencionada de Shelton. A mediados del siglo XVIII se publicaron nuevas traducciones: una de Jarvis (1742) y otra de Smollett (1755) que, junto a sus numerosas reimpresiones, convertirían el clásico de Cervantes en uno de los libros ingleses más populares de todos los tiempos.

El gran desarrollo que tuvo la novela inglesa en el siglo XVIII debe mucho a esta obra clásica. La cantidad y calidad de las traducciones del *Don Quijote* en la Inglaterra de la Ilustración tuvieron un impacto nada desdeñable en la sofisticación de la ficción en prosa. La obra de Cervantes no era contemplada tanto como una simple farsa o comedia de costumbres sino como un modelo de sátira digno de imitación. Henry Fielding es deudor, no sólo por su comedia *Don Quijote en Inglaterra* (1734), sino también por su novela *Las aventuras de Joseph Andrews* (1742), escrita, según confesión propia, a imitación de la manera cervantina. Lawrence Sterne, gran admirador de Cervantes, se ve claramente influido en *Tristram Shandy* (1760-1767); Tobias Smollett, el traductor de *Don*

³ Sobre el impacto de la publicación de Don Quijote en la literatura europea y sus traducciones, vid. ORTAS DURAND, Esther, *Leer el camino: Cervantes y el «Quijote» en los viajeros extranjeros por España (1701-1846)*, Alcalá de Henares, Centro de Estudios Cervantinos, 2006, págs. 71-77.

Quijote, se inspiraría en él al escribir *Las aventuras de sir Launcelot Greaves* (1762); Samuel Johnson la consideraba una de sus tres ficciones favoritas⁴; e incluso encontramos reminiscencias del personaje en el *Robinson Crusoe* (1719) de Daniel Defoe y en los *Viajes de Gulliver* (1726) de Jonathan Swift.

Como vemos, todas estas obras eran anteriores a los *Viajes por España* de Henry Swinburne y por tanto es fácil suponer que la gran influencia que había ejercido el *Don Quijote* en éste no era fruto de la casualidad o de una formación exquisita sino de la gran popularidad de la que ya gozaban el personaje y la obra de Cervantes durante esta época en su país, y que impregnaría también la imaginación de otros muchos viajeros británicos por España a lo largo del siglo XVIII. Así, el reverendo Edward Clarke, autor de unas *Letters concerning the Spanish Nation*, calificaba a Cervantes como «el inimitable autor de Don Quijote»⁵. Otro conocido viajero, Richard Twiss, finalizaría su prólogo con una cita del, en su opinión, «mejor libro que existe en la lengua española» que reproduce las palabras del bachiller Sansón Carrasco en las que señalaba la imposibilidad de escribir un libro que pudiera contentar a todo el mundo⁶. Por último, John Talbot Dillon, autor de otros *Viajes por España* (1780) señalaba también que el *Quijote* era una obra «incomparable» y tan rica de matices y de situaciones que resultaba imposible viajar por España sin que éstas «vinieran a la mente con frecuencia»⁷.

Tanta sería la admiración de Swinburne por Cervantes que llegaba a afirmar que éste, junto a Lope de Vega, era uno de los dos únicos escritores españoles que habían conseguido destacar en la literatura española desde la época de Felipe II (*sic*). Lamentaría, sin embargo, que la Real Academia de la Lengua Española hubiera emprendido una obra tan compleja como la edición ilustrada del *Quijote* empleando para ello a los mejores grabadores del país sin garantías, en su opinión, de que finalmente tal empresa viera la luz, al menos antes de ser sustituida por alguna otra nueva iniciativa igual de grandiosa (pág. 378). Afortunadamente, Swinburne se equivocaba y esta edición vería la luz finalmente en 1780, siendo citada con posterioridad por otros viajeros⁸.

Los dos personajes principales de la obra cervantina, Don Quijote y Sancho Panza, aparecen citados repetidas veces en los *Viajes* de Swinburne con admiración, e incluso llega a soñar en algún momento con la aparición repentina de otros dos caracteres de menor importancia, Cardenio y Dorotea, mientras des-

⁴ APUD ORTAS DURAND, *Leer el camino...*, pág. 73.

⁵ CLARKE, Edward, *Letters concerning the Spanish Nation: written at Madrid during the Years 1760 and 1761*, London, T. Becket and P.A. De Hondt, 1763, pág. 51.

⁶ TWISS, Richard, *Viaje por España en 1773*, (Londres, 1775), edición y traducción de Miguel Delgado Yoldi, Madrid, Ediciones Cátedra, 1999, pág. 50.

⁷ DILLON, John Talbot, *Travels through Spain, with a view to illustrate the natural history and physical geography of that kingdom in a series of letters*, London, G. Robinson, 1780, pág. 184 y nota pág. 16.

⁸ APUD DURAND, *Leer el camino...*, págs. 98-99.

cansaba en una parada de viaje junto a sus acompañantes en un bosque a la vereda del camino (págs. 315-316). La contemplación en Villena de una persona con rasgos muy parecidos a los de Sancho Panza le haría pensar a Swinburne que Cervantes probablemente se hubiera inspirado en personajes extraídos de la vida cotidiana (pág. 109). Más adelante, en Santa Cruz de Mudela, la contemplación de una cola de vaca usada para colgar los peines le trae de nuevo a la mente al personaje cervantino. Esta escena le serviría también para manifestar a su interlocutor su profunda simpatía por la figura de Sancho Panza y su felicidad por ver algún gesto o rastro de sus andanzas a lo largo de su viaje (pág. 410). El impacto que Sancho Panza había tenido en las letras inglesas no era en absoluto despreciable y prueba de ello fueron las adaptaciones teatrales en lengua inglesa tituladas *Sancho at Court* y *Barataria*, ambas publicadas en el siglo XVIII, que recreaban las aventuras de Sancho Panza como gobernador de la ínsula Barataria⁹.

El primer paralelismo con la obra de Cervantes se le ocurre a Swinburne nada más entrar en España, cuando se ven obligados a pasar la noche en un lugar inhumano y lleno de humedad llamado la *Venta del Platero*, del cual para dar veracidad a su relato llega incluso a incluir un grabado en su libro (págs. 108-109). Tanto fue el ruido que los viajeros y sus acompañantes tuvieron que soportar a lo largo de la noche, por los continuos golpes a la puerta que daban los pescadores locales que regresaban de vender su mercancía por los alrededores, que pronto le vendrían a la mente «muy vivas ideas de los castillos encantados de Don Quijote» (pág. 80). Mientras paseaba Swinburne por la playa de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) aprovecharía la ocasión para señalar lo cambiada que estaba la playa con respecto a la época de Cervantes cuando, en su opinión «estaba repleta de ocupados y ociosos, de honrados y libertinos» (pág. 249) y, más adelante, lamentaría también la escasa importancia comercial de la Sevilla actual frente a la de los tiempos cervantinos (pág. 296).

Como vemos, la imagen de Cervantes y del *Don Quijote* va impregnando todas las impresiones que le producen los diferentes lugares que conoce en España y apenas puede evitar el comentario o la comparación con la obra o con su tiempo, casi siempre para ensalzar el pasado y para cargar las tintas negativas sobre el presente. Lo mismo que hará, si nos fijamos bien, con la comparación que establece entre la época árabe y la posterior reconquista cristiana, entre el esplendor de la España musulmana y la, en su opinión, actual decadencia. Otro espacio visitado que le recuerda a la obra cervantina es el pueblo de Potro, en Córdoba, «un lugar bien conocido por el primer ventero de Don Quijote» (pág. 296), que efectivamente es citado en la obra por recordarle a éste sus anteriores andanzas de pícaro «recuestando muchas viudas, deshaciendo a algunas doncellas y engañando a algunos pupilos y, final-

⁹ Vid. SKINNER, John, «*Don Quixote* in 18th-Century England: A Study in Reader Response», *Bulletin of the Cervantes Society of America*, VII/1 (1987), págs. 45-57.

mente, dándose a conocer por cuantas audiencias y tribunales hay en casi toda España»¹⁰.

La Sierra Morena, afirmaba Swinburne, era más conocida por ser el lugar donde acontecieron los episodios más divertidos del héroe cervantino (pág. 309). Sin embargo, el alto del *Puerto del Rey* le parece a su paso menos atractivo y más desprovisto de vegetación que en la época de Cervantes, donde «quizás había nobles bosques que cubrieran toda esta desnudez» (pág. 317). Pronto, su paso por La Mancha se llenaría de referencias constantes a los personajes y a algunos detalles de la novela, como cuando afirma encontrarse «en un lugar de cuyo nombre no quiero acordarme» (pág. 306). A pesar de ello, lamentaba Swinburne, ni toda la ayuda que pudiera prestar la imaginación podía servir para ofrecer una imagen positiva de la región (pág. 318). Por última vez, ya casi al final de su recorrido por España, la contemplación en los alrededores de Burgos del paso chirriante de un numeroso grupo de carromatos le traería de nuevo a la mente la figura de Don Quijote y el carro del falso Merlín que aparecía en la segunda parte de la novela para profetizar que únicamente los tres mil trescientos azotes de Sancho lograrían desencantar a Dulcinea (pág. 421).

Junto al *Don Quijote* de Cervantes, aparecen otras seis citas importantes en el libro de Swinburne, cinco de ellas de carácter literario y una de motivo filosófico. Dos se refieren a autores ingleses, William Shakespeare y John Dryden, y otras cuatro a franceses, Alain René Lesage, el abad Gabriel-François Coyer, Paul Scarron y Voltaire. Algo normal si tenemos en cuenta la biografía de Swinburne, su origen inglés y el hecho de haber desarrollado una parte nada desdeñable de su formación intelectual en Francia. Shakespeare era una referencia casi obligada, el otro gran clásico junto a Cervantes, del panorama literario mundial y una de sus figuras más prolíficas y excelsas. Aparece mencionado en dos ocasiones. La primera tiene lugar cuando Swinburne y sus acompañantes visitan el Monasterio de Monserrat y son invitados a comer en el convento por el mismo abad, para el cual traían una oportuna carta de recomendación. La experiencia, sin embargo, no resulta del todo satisfactoria y el amargo sabor de la comida trae a la mente de Swinburne el 'obsequio' culinario que hace Justice Shallow a John Falstaff al comienzo de la escena III de la segunda parte del *Enrique IV* de Shakespeare: «Vamos, veréis mi huerto, donde, en una glorieta, comeremos unas camuesas de mi propia cosecha, con un plato de alcaraveas y otras cosas»¹¹. No muy alejado, señala Swinburne con ironía, de la «sopa de azafrán» y el «estofado con guindilla» que les ofrecieron los monjes tan amablemente, y que fue el origen de no pocas «muecas» por parte de los comensales (pág. 52). Shakespeare aparecería nuevamente citado al final del libro cuando Swinburne, ya en

¹⁰ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *Don Quijote de la Mancha*, edición de Francisco Rico, 2 vols., Barcelona, Instituto Cervantes/Crítica, 1998, I, 3, págs. 55-56.

¹¹ SHAKESPEARE, William, *La segunda parte del Rey Enrique IV*, acto V, escena III, vol. I, pág. 561, en: *Obras Completas*, estudio, traducción y notas de Luis Astrana Marín, Madrid, Aguilar, 1981, 16 edición, 2 vols.

Vizcaya y a punto de abandonar el país, señala que la prenda con la que cubrían las piernas los vizcaínos le recordaba mucho a las ligas cruzadas que Malvolio lucía en la escena final de *Noche de Reyes* (pág. 424).

En otro punto de la obra, Swinburne se hace eco en su libro de la publicación en Inglaterra de *La conquista de Granada* (1670) de John Dryden¹², en la que su autor refleja una leyenda de enfrentamientos entre diferentes familias nobles musulmanas durante la última época de dominación árabe en la ciudad, y que suponía un preludio de su definitiva caída en manos cristianas. Swinburne mostraba sus serias dudas de la veracidad histórica de la leyenda y acusaba a algunos autores españoles de la época de falsear los datos con el fin de darle visos de autenticidad. John Dryden (1631-1700) fue un célebre poeta, dramaturgo y crítico, principal figura literaria de la Restauración inglesa de Carlos II. La obra se titulaba originalmente *Historia de los Vandos de los Zegríes y Abencerrajes* y su fuente principal no serían las *Guerras civiles de Granada* (1595) de Ginés Pérez de Hita (citado como Giles Perez), como señala Swinburne erróneamente, sino más bien *Almahide ou l'esclave reine* (1660-1668) de Georges de Scudéry, ésta sí inspirada en la adaptación de Pérez de Hita.

Como hemos mencionado, cuatro son las obras literarias francesas que Swinburne cita en su libro, lo que evidencia claramente la importancia de la cultura francesa en su trayectoria personal e intelectual. Dos de ellas, curiosamente, pertenecen al género de la literatura picaresca, junto al ejemplo único del *Don Quijote*, tan apreciada fuera y dentro de nuestras fronteras. Éstas son *La novela cómica* (1.^a parte 1651, 2.^a parte 1657) de Paul Scarron¹³ y la *Historia de Gil Blas de Santillana* (1715) de Lesage¹⁴. Las otras dos obras francesas mencionadas por Swinburne serían el *Cándido* (1759) de Voltaire, de carácter filosófico, y *La deconverte de l'isle frivole* (1751) del abad Coyer¹⁵.

¹² Vid. CARRASCO URGOITI, María Soledad, *The Romantic Revival of Castilian Frontier Ballads in England: its Precedents and Aftermath* [<http://www.cishsidney2005.org/images/TS18CarrascoPaper.doc>]

¹³ Paul Scarron (1610-1660) fue el autor de un gran número de comedias de género burlesco, en la tradición de la literatura picaresca y generalmente inspiradas en modelos españoles como los de Tirso de Molina o Fernando de Rojas [vid. RUÍZ ÁLVAREZ, Rafael, *Las comedias de Scarron y sus modelos españoles*, León, Publicaciones Universidad de León, 1990]. Su obra maestra e inacabada sería precisamente *La novela cómica*, de la cual llegaría a publicar las dos primeras partes y que, sirviéndose de un modelo realista, retrataba la vida de provincias en Francia con cierto tono barroco y fundamentalmente burlesco donde el autor parodiaba muchas situaciones de la vida cotidiana.

¹⁴ Alain René Lesage (1668-1747) fue un novelista y dramaturgo francés cuya obra más famosa era esta novela picaresca, progresivamente ampliada (4 volúmenes 1715-1735), que bebía de la tradición del género español, especialmente del *Marcos de Obregón* de Vicente Espinel, y que se considera una de las obras maestras del género. Su autor aprovecha, como sus modelos españoles, para ofrecer una visión satírica de la sociedad francesa de su época. Su éxito fue tan grande que se multiplicaron ediciones y traducciones y fue publicada en inglés en 1732.

¹⁵ El abad Gabriel-François Coyer (1707-1782) fue un ilustrado francés autor de muchas obras que incluyen relatos de viajes por Holanda e Italia, algún libro de economía o un estudio de las religiones antiguas. Miembro de la Royal Academy of England, fue un enemigo declarado del fanatismo y la superstición, lo que le llevaría a abandonar la Compañía de Jesús en 1736.

La primera cita de Swinburne es para dos personajes de *La novela cómica* de Scarron. Se trata de *le Destin* y *la Rancune* (pág. 4: el destino y el rencor) que le vienen a la mente cuando se unen a su carruaje, antes de entrar en España, un grupo de cómicos ambulantes al estilo de los que aparecen descritos en la novela inacabada de Scarron y que les hacen compañía hasta Gerona, donde acudían para participar en su feria. Los personajes de Scarron portaban un nombre alegórico que hacía referencia a su condición moral y hasta en algún caso, como ocurría con el personaje del destino, constituían un trasunto del propio autor. El *Gil Blas* es citado en dos ocasiones, una mientras visitan el Alcázar de Segovia, para señalar que su torre exterior fue el lugar elegido por Lesage para situar la prisión del personaje principal (pág. 406). Otra vez, un poco más adelante, al pasar por Olmedo recuerda el nombre del pueblo como un lugar citado en algunas partes de la obra (pág. 410). En ambos casos, las citas de Swinburne son correctas y demuestran un buen conocimiento de la obra de Lesage.

La cita de Voltaire (1694-1778) procede de un personaje de su obra principal: *Cándido*. Junto a este personaje principal, que representa las ideas volterianas sobre el mundo y la vida, aparece en la obra otra figura destacada, la de su mentor Pangloss, de una de cuyas afirmaciones más conocidas Swinburne incluiría una cita para señalar la conveniencia de haber esperado unos días a que mejorara el tiempo y pudieran transitar con los carruajes por los embarrados caminos de Gerona. «Todo sucede para bien» (pág. 6) dice Pangloss repetidamente en el libro de Voltaire, al igual que parecía haberles sucedido a ellos con la meteorología, ironizaba Swinburne. En realidad, esta tesis, tan propia del optimismo metafísico, sería contrarrestada en la obra de Voltaire por la realidad que Cándido observa y experimenta. Pangloss, como sabemos, representaba la filosofía de Leibniz de que nos encontramos en el mejor de los mundos posibles, tan opuesta a la filosofía volteriana de que todo parece regirse por el principio de lo peor. A pesar de la inclusión de esta cita volteriana, no nos queda del todo claro en el libro con cual de estos dos planteamientos enfrentados Swinburne estaría en general más de acuerdo. En su percepción del presente y el futuro de España, sin embargo, parece estar más cerca del pesimismo volteriano.

La obra de Coyer aparece citada para hacer un paralelismo entre la sociedad «frívola» y sinsentido en la que viven los habitantes de la isla imaginaria retratada por éste y la falta de sabor que Swinburne atribuye a las verduras y a la carne de la región valenciana. Se trata de una novela utópica o fantástica, género algo habitual en el siglo XVIII y al que acudían algunos autores para denunciar problemas o situaciones de la realidad cotidiana que difícilmente podrían presentarse de un modo directo y sin crear un espacio o un tiempo imaginarios¹⁶.

¹⁶ Referido al caso español *vid.* ÁLVAREZ DE MIRANDA, Pedro, «Los libros de viajes y los utopías en el siglo XVIII», en: *Historia de la literatura española. Siglo XVIII*, Madrid, Espasa-Calpe,

En todos los casos mencionados, pertenezcan las obras al género de la literatura picaresca, al relato filosófico o al de la literatura utópica o fantástica, los autores presentan un aspecto algo deformado de la realidad para denunciar lo que consideraban una sociedad absurda, basada en valores y en principios erróneos, algo por otro lado muy del estilo del español Cervantes y del inglés Shakespeare y, por ende, de una buena parte de la mejor literatura ilustrada.

3. LAS FUENTES HISTÓRICO-ARTÍSTICAS

Como veremos a continuación, Swinburne hace gala de una mayor y más diversa formación histórica y artística que literaria. Las principales fuentes de consulta de su obra son las relacionadas con cuestiones etimológicas, históricas o artísticas y en estas jugarían un papel bastante destacado varios autores españoles. No obstante, la apreciación general de Swinburne sobre el rigor y la imparcialidad de muchos de estos autores es con frecuencia negativa, con varias honrosas excepciones. No ocurrirá lo mismo con el resto de los escritores de libros históricos que menciona en su libro, procedentes de países y épocas diversas, que serán objeto en general de un tratamiento elogioso y tomados como referencia para algunas de sus valoraciones. Es el caso de Estrabón y Plutarco, entre los autores clásicos; de William Robertson, entre los británicos; y, especialmente de dos autores árabes, uno de ellos anónimo, de los que incluye la traducción de textos largos e importantes en su descripción de Córdoba y Granada, y que resultan determinantes a la hora de configurar y justificar su visión apologetica de la época de dominación árabe del sur de la Península.

El primer autor clásico que aparece citado en la obra de Swinburne, si bien indirectamente, sería Plutarco (50/46-120), historiador y ensayista griego y autor de *Vidas Paralelas*, en el que traza una serie de biografías de griegos y romanos famosos que incluye la figura de Sertorio. La guerra contra éste por el control de *Hispania* fue considerada en Roma como una de las más difíciles del Imperio. Plutarco fue uno de los pocos autores que salió en defensa de Sertorio, resaltando su maestría en la utilización del terreno y la gran valentía e imbatibilidad de sus tropas. Swinburne señala haber extraído de los *Anales de Cataluña* (1709)¹⁷ un epitafio, que incluye en su libro, supuestamente dedicado a los catalanes que murieron al servicio de Sertorio en el que se alababa su enorme valentía y la extrema fidelidad de éstos al preferir la muerte antes que el some-

1995, vol. II, págs. 682-706; y PÉREZ BERENGUEL, José Francisco, «Anotaciones sobre un viaje imaginario a la Asturias del siglo XVIII», *Boletín del Real Instituto de Estudios Asturianos*, 144 (1994), págs. 363-384.

¹⁷ FELIU DE LA PENYA, Narcís, *Anales de Cataluña*, Barcelona, Jaume Surià, 1709. Esta obra es importante para conocer la historia de Cataluña y, sobre todo, los pormenores de la Guerra de Sucesión. Su autor era, al igual que otros muchos catalanes de la época, un reconocido partidario de la causa austracista

timiento al nuevo caudillo impuesto por Roma (70). Aunque está en duda la veracidad de esta narración fabulada y el hecho mismo de considerar catalanes a los que prefirieron el sacrificio a la rendición tras la derrota de Sertorio, toda vez que la batalla parece ser que tuvo lugar en las cercanías de *Oscá* (la actual Huesca), este epitafio le servirá a Swinburne para poner colofón a un retrato muy positivo de los catalanes y para contraponerlo con otros rasgos menos favorables que aplicará al resto del país, a excepción de las provincias vascas. Establece también un más que evidente paralelismo entre esta determinación y valentía extrema con un acontecimiento de la historia reciente de Cataluña que Swinburne debía conocer bien, cuando los barceloneses, con el *conseller* jefe Rafael Casanova al frente, decidieron resistir heroicamente ante el asedio impuesto a la ciudad por las fuerzas borbónicas al mando del duque de Berwick durante la Guerra de Sucesión española (1702-1713). La historia, parece sugerir Swinburne, había acabado por repetirse una vez más, para mal, como anticipaba el *Cándido* de Voltaire.

Incluye también una breve mención del geógrafo griego Estrabón¹⁸ al hablar de la historia de Córdoba y señalar que esta ciudad aparece citada en su obra como la primera colonia romana creada en España (pág. 279). Más adelante, Swinburne remite al historiador escocés William Robertson, más concretamente a su libro sobre Carlos V, para conocer más en profundidad los avatares históricos de las revueltas de Castilla o las biografías de Juan de Padilla y el Cardenal Cisneros (págs. 325-326)¹⁹. No obstante, es en la descripción de Granada donde Swinburne pasaría a analizar muy exhaustivamente el periodo de la historia de la ciudad que más le fascinaba, esto es, desde el comienzo de la dominación árabe hasta la reconquista de los Reyes Católicos y el posterior edicto de expulsión de los moriscos. Este proceso de reconquista cristiana de la ciudad habría de suponer, en su opinión, el origen de su caída en desgracia y la pérdida de cualquier esplendor pasado.

Swinburne viene a España plenamente influido por la leyenda negra de la intolerancia religiosa de las autoridades españolas y del abuso extendido del despotismo. Esta leyenda, en gran parte interesada, había sido alentada por

¹⁸ Estrabón (63 a.C.-19) fue un gran viajero del que se conservan únicamente algunos fragmentos de su trabajo histórico, sus *Memorias históricas*, en 43 libros, y casi por completo su magna obra *Geografía*, la cual se fecha entre los años 29 a.C., en que da comienzo su periplo, hasta el año 7. Consta de 17 volúmenes de una descripción detallada del mundo tal como se conoció en la antigüedad y poseen un gran valor, sobre todo como informe, por sus propias y extensas observaciones. El tercero de ellos lo dedica a Iberia y recoge información recopilada de otras fuentes, ya que Estrabón nunca visitó la Península Ibérica.

¹⁹ El Dr. William Robertson, historiador escocés muy popular en la época de Swinburne, fue efectivamente autor de un *Historia del reinado del emperador Carlos V* (1769) que alcanzó un enorme éxito, con múltiples ediciones en inglés, y traducida a las principales lenguas de Europa; y de *History of America*, publicada en 1777. Ambas obras fueron incluidas en el *Índice de Libros Prohibidos*, y llegaron a ser conocidas en su traducción francesa por algunos de los ilustrados españoles, como Jovellanos.

algunas monarquías europeas con el deseo de desacreditar al país y acabar así con un periodo de gran hegemonía política y con su abusivo monopolio de la actividad comercial con las colonias americanas. Swinburne, como veremos, no se conformará sólo con propagar algunas de las falacias que alimentaban la leyenda sino que echaría aún más leña a los rescoldos de un fuego no todavía bien apagado.

La expulsión de los moriscos había sido ya contemplada como algo negativo por muchos historiadores y pensadores de la época bajo la acusación de haber sido la principal causa del abandono de muchos oficios que solían desempeñar los árabes en España. Un pensador tan destacado como Montesquieu había señalado al respecto lo siguiente: «Hoy, como el primer día, está resintiéndose la España de la expulsión de los moriscos, y en vez de llenarse el hueco que han dejado se hace cada vez mayor»²⁰. El ensalzamiento que realiza Swinburne de la revuelta morisca dirigida por Aben Humeya ejemplifica este punto de vista a la perfección. Dicho levantamiento estaba más que justificado, en su opinión, por el constante hostigamiento que los árabes sufrían después de la Reconquista por parte de las autoridades españolas a causa de su fe musulmana. La pérdida de tantas manos útiles resultaría irremplazable y, según Swinburne, resultaba ahora más que evidente el contraste entre el empobrecimiento económico y cultural del presente y la gran abundancia de la época en la que la región había sido habitada por los árabes. Basándose en fuentes árabes diversas, de carácter anónimo, cifraba el número de caballos durante este periodo en 100 000, en 200 000 el número de soldados, y en no menos de 80 000 las familias que habitaban la ciudad. Aunque estas cifras, dadas por Swinburne, resultaran poco verosímiles y un tanto abultadas, sí era cierto que la ciudad había recibido durante la era nazarí numerosos inmigrantes árabes que huían de la Reconquista, y se había convertido en un foco de arte y cultura a raíz de una adecuada explotación agrícola, el desarrollo de la industria de la seda y un próspero comercio.

Para dar una mayor credibilidad a sus afirmaciones, menciona Swinburne la existencia de una traducción de un manuscrito árabe perteneciente a los fondos de la biblioteca de El Escorial, escrito por un tal Abi Abdalah Ben Alkalhibi Absaneni en 1378. Ciertamente, en el magnífico catálogo que realiza en latín Miguel Casiri²¹ sobre los manuscritos árabes existentes en la biblioteca del Monasterio de El Escorial aparece un autor llamado Abdalla Ben Alkhathib como autor de una historia de Granada²². Este escrito le serviría para dar mayores visos de credibilidad científica a su repetida tesis de la gran riqueza y esplendor

²⁰ MONTESQUIEU, Barón de (Charles de Secondat), *Cartas persas*, traducción de José Marchena, Madrid, Calleja, 1917, pág. 264.

²¹ Miguel Casiri de Gartia (1710-1791) fue un arabista, bibliógrafo y bibliotecario de origen libanés. Sacerdote maronita, fue protegido de Campomanes y miembro de la Real Academia de la Historia desde 1761.

²² CASIRI DE GARTIA, Miguel, *Biblioteca Árabe-Hispana Escorialensis*, Madrid, Antonio Pérez de Soto, 1760 (vol. 1) y 1770 (vol. 2), vol. II, pág. 16.

de la Granada musulmana. El retrato que su autor hace de la ciudad la presenta en absoluta abundancia de todo y con unos habitantes en permanente estado de felicidad. Este panorama tan idílico de finales del siglo XIV le valdría a Swinburne para contraponerlo a la realidad deprimente actual. Los antiguos cauces y acequias parecían ahora derruidos, las calles llenas de suciedad, los campos sin labrar y los antiguos bosques talados o abandonados a su suerte. Hasta tal punto el cambio era apreciable que el aspecto mismo de sus habitantes había cambiado para peor ya que, en su opinión, de la gran laboriosidad de los antiguos pobladores árabes se había pasado ahora a una escasa inclinación al trabajo por parte los moradores cristianos. Gran ejercicio éste de maniqueísmo histórico que le serviría a Swinburne para contar a modo de anécdota la gran admiración que todavía despertaban en la ciudad los marineros árabes cuando desembarcaba algún barco maltés en el puerto de Málaga.

En el caso de Córdoba, Swinburne recurre nuevamente a un autor árabe, esta vez anónimo, para describir las excelencias de la ciudad califal, al igual que había hecho anteriormente con el reino nazarí de Granada. De nuevo encontramos en la misma página de la *Bibliotheca* de Casiri una mención a un escritor cordobés, de nombre Ali Ben Musa, autor de una historia de la ciudad y que podría bien ser el autor de esta obra. Tal era la predisposición de Swinburne a favor del arte y la cultura árabes que de nada le servirían las historias posteriores que retrataran desde la distancia y el tiempo este periodo histórico, especialmente si procedían de algún autor español. A pesar de la evidente parcialidad y el tono elegíaco utilizado por la fuente histórica utilizada, esta narración idealizada de la época musulmana le servía a Swinburne para utilizarla de contraste con la, en su opinión, más que evidente decadencia en la que estaba sumida actualmente el país. No obstante, en algún punto de su relato Swinburne debe dejar paso a la evidencia y reconocer que, en lo relativo a la cantidad de riqueza que el historiador anónimo atribuye a la Córdoba omeya, los datos habían sido deliberadamente exagerados, ya que las cifras mencionadas superaban con creces la cantidad de oro y plata en circulación en dicha época.

Una vez reconocida hasta por el propio Swinburne la evidencia de tal falsificación histórica, la pregunta que cabría hacerse es ¿qué cabía esperar de cierto en esa descripción tan exagerada y apologética de las riquezas de la Córdoba musulmana? Sea como fuere, Swinburne opta por incluir una nota en la que explica haber tomado la decisión de traducir el texto «sin añadir comentario alguno» (nota 25, pág. 289). Probablemente se deja llevar, en mi opinión, por dos razones principales. La primera la constituía el deseo de complacer al lector inglés al que le resulta más romántico y exótico una relación de hechos como ésta que la realidad desnuda, seguramente menos excelsa y con tintes claroscuros. La segunda, seguramente, por su genuina admiración por la incommensurable belleza y majestuosidad de dos de las obras cumbres de la arquitectura árabe en España: la Alhambra de Granada y la Mezquita de Córdoba. La desaparición de la cultura que dio lugar a tales obras le llevaría finalmente a exclamar lo siguiente:

«Los escritores de la historia árabe, aunque a menudo fueran contemporáneos de los príncipes cuyas vidas contaban, pueden ser acusados razonablemente de haber exagerado la descripción de la riqueza y de los éxitos de sus héroes pero, a pesar de ello, algo de verdad debe haber en el fondo [...] Mi corazón sangra mientras le cuento que de todas estas glorias, a excepción de la Mezquita, apenas queda rastro alguno», (pág. 294).

En contraste, los historiadores españoles no le merecen con frecuencia mucha credibilidad a Swinburne y, por tanto, casi siempre hace una mención a ellos cargada de prejuicios, unas veces razonables aunque no siempre bien fundamentados. Entre los que merecen su mayor estima figuran el heterodoxo Manuel Martí, Miguel Casiri, el padre Flórez, un anónimo oficial del ejército autor de un *Diario de la expedición española contra Argel en 1775* cuya autenticidad estaba avalada por su directa participación en los hechos y, por último, Antonio Ponz, aunque en este caso por incluir una carta que le parece acertada sobre la autoría de un cuadro de Rafael. De ellos, sólo será elogiado expresamente el primero y los demás deberán contentarse con ser citados sin entrar a valorar sus méritos. Por el contrario, sí que abundan las citas negativas de otros autores españoles en el texto, bien sea por haber incurrido en supuestos errores etimológicos, por estar mal documentados o, aún peor en algunos casos, por falsear deliberadamente la realidad con el fin dar una imagen interesada de la misma. Empezaremos por éstos últimos.

Muchos de los historiadores que desacredita Swinburne están relacionados con la historia de Granada y con la narración, maniquea en su opinión, de la conquista musulmana. Señala que la teoría más extendida sobre el origen de esta ciudad insistía en la existencia inicialmente de una colonia fenicia conocida por el nombre de Iliberri²³. Menciona al historiador granadino Francisco Bermúdez de Pedraza (1585-1655), estudioso de la historia de la ciudad y de los asentamientos íberos primitivos y autor del libro *Antigüedad y excelencias de Granada* (1608), y pone en duda el origen fenicio que tanto éste como otros historiadores locales atribuían al distinto tipo de adobe empleado en la composición de algunas de las murallas más antiguas, parecido al de los fenicios. Tal hecho no le resultaba, sin embargo, de gran interés como tampoco parecía tenerlo, en su opinión, la abundante literatura escrita sobre el tema. Lo mismo ocurrirá con las cuestiones etimológicas derivadas de la palabra Granada. Enumera las diferentes teorías que sitúan su origen en la época fenicia, romana, visigoda o árabe, aunque manifiesta su predilección por ésta última, que atribuía su procedencia al fruto de la granada traído de África dado el enorme parecido de esta fruta, una vez abierta, con el aspecto de la ciudad rodeada de montañas.

²³ Citada como *Illiberia* por Swinburne. Se trata de la antigua ciudad ibérica de Elvira, que se convirtió en capital de la provincia de Al-Andalus (la cora de Elvira) hasta que la sublevación bereber de 1009-10 empujó a sus habitantes hacia la vecina Granada.

En este contexto, Swinburne se hace eco en su libro de la publicación en Gran Bretaña de *La conquista de Granada* (1670) de John Dryden en la que su autor refleja una leyenda de enfrentamientos entre diferentes familias nobles musulmanas durante la última época de dominación árabe en la ciudad, y que suponía un preludio de su definitiva caída en manos cristianas. Swinburne duda de la veracidad histórica de la leyenda y acusa a algunos autores españoles de la época de falsear los datos con el fin de darle visos de autenticidad. Es el caso, en su opinión, del canónigo Cristóbal Medina Conde²⁴, un impostor que ahora cumpliría condena en la cárcel y que señalaba haber encontrado un manuscrito árabe de esta época donde se corroboraba dicha leyenda. La romántica historia de traición entre dos familias nobles musulmanas, la posterior acusación e infamia poniendo en duda la fidelidad de la reina, y la final restauración de su honor mancillado a manos de unos caballeros cristianos que acuden en su defensa seguro que haría las delicias de los lectores ingleses, razón por la cual Swinburne consideraría oportuno contarla con todo lujo de detalles en su libro.

Una vez ya en Córdoba citaría la figura, también heterodoxa, del padre Mariana²⁵ para referirse a su idea de que la arena para construir La Mezquita fue traída de la ciudad francesa de Narbona, lugar hasta donde había llegado por entonces el expansionismo árabe. Swinburne pondría en duda tal afirmación, algo por otra parte ya habitual, y señalaría, no sin cierta petulancia, que la aportación de Narbona a La Mezquita sería «sin duda alguna» algunas «columnas u otras antigüedades de las que tanto abundaban» en esa ciudad (pág. 283). En cuanto al número de columnas existentes de norte a sur de La Mezquita descarta la cifra de veintinueve ofrecida por Ambrosio de Morales²⁶ y otros historiadores españoles al señalar que en aquel momento sólo podían verse diecisiete, y que ese número venía además avalado por los planos recién elaborados por algunos miembros de la Real Academia de la Historia.

De vuelta con las cuestiones etimológicas, dice Swinburne más adelante que el padre Sarmiento²⁷ se equivocaba al interpretar que el nombre de El Es-

²⁴ Citado como «Medina Conti» por Swinburne. Junto a otros clérigos, publicó obras en las que predominaba una erudición pacata o apologética, junto a informaciones curiosas sin sentido de la actualidad. La más célebre fue el semanario *Paseos por Granada* (1767), dividida en tres series, donde se presentaba, en forma de diálogo, la historia religiosa y monumental de Granada e incluía artículos sobre antigüedades granadinas.

²⁵ Juan de Mariana (1536-1623) fue un célebre historiador español, autor de una monumental *Historia general de España* (1601) en la que hace gala de una gran independencia de criterio que le lleva a granjearse no pocas enemistades dentro del poder civil y religioso. Reimpresa muchas veces, sería la obra histórica más leída en la Península y llegaría a ser traducida al inglés en 1699.

²⁶ Ambrosio de Morales (1513-1591) fue un humanista, historiador y arqueólogo español que continuó la *Crónica* de Florián de Ocampo y redactó un valioso tratado arqueológico titulado *Antigüedades de las ciudades de España* (1575).

²⁷ Fray Martín Sarmiento (1695-1772) fue un escritor y erudito benedictino consagrado principalmente al estudio de las ciencias naturales y la botánica y cuya obra manuscrita fue editada por su amigo el duque de Medina-Sidonia en diecisiete tomos.

corial correspondía etimológicamente a «bosque de hayas» o «*esculetum*» (pág. 389). Otro religioso, el padre Flórez²⁸ merece también una mención al atribuirle Swinburne la autoría de una lámina del acueducto romano de *Las Ferreras* o *Puente del Diablo* que hay a las afueras de Tarragona, y que suministraba a la antigua Tarraco de agua procedente del río Gayá²⁹.

Mención aparte es la atención que merece el deán Martí³⁰, del que toma prestada su descripción del teatro de Sagunto (Morviedro en la época). Efectivamente, en una carta dirigida el 6 de enero de 1705 al nuncio pontificio ante la Corte de España, Antonio Félix Zondadari, Martí ofrece una completa descripción en latín del teatro que él mismo realizara en 1702. Esta carta fue reproducida en la obra de Bernard de Montfaucon, *Antiquité expliquée* (1719), que se editará en tres lenguas y será muy consultada a lo largo de todo el siglo XVIII y, posteriormente, en el *Thesauri antiquitatum romanarum graecarumque* (1737) de Grenovio. Esta fue la primera descripción detallada del monumento y la más difundida de cuantas se han hecho pues apareció en varias enciclopedias de antigüedades durante el siglo XVIII. La difusión de la carta terminó de generalizarse al traducirla Ponz al castellano en su *Viage de España* (1772-94). Swinburne hace una descripción de las medidas que Martí incluye en su libro y establece la correspondencia de éstas en pulgadas inglesas, al tiempo que incluye también el aviso de Martí a los jueces para que aumenten las penas a los principales responsables de la progresiva destrucción del teatro (nota 6, pág. 90).

Más adelante, demuestra Swinburne estar muy al tanto de las ideas de Martí al incluir una nueva nota a pie de página en la que reproduce un amplio texto suyo, extraído de una carta enviada por éste en 1722 al marqués de Verona, Scipione Maffei (conde Scipio Maffei en el libro de Swinburne). Efectivamente, a comienzos del año 1722, el célebre epigrafiasta había solicitado la colaboración del deán en su proyecto de publicar una gran colección de inscripciones, y Martí le contestó con una espléndida carta sobre las inscripciones latinas en que manifestaba un agudo espíritu crítico³¹. En el texto traducido por Swinburne, Martí atribuía a la superstición e ignorancia de los españoles la principal responsabilidad del estado actual de abandono y de degradación de cualquier patrimonio que no fuera estrictamente religioso. Swinburne manifiesta

²⁸ Fray Enrique Flórez (1702-1773) fue efectivamente el autor de una monografía dedicada a las *Antigüedades Tarraconenses* (1769), vol. XXIV de su *España Sagrada* (1764), obra en la que estuvo guiado por el canónigo tarraconense R. Foguet (1729-1794). Esta es una obra de importancia extraordinaria por el caudal de documentos, noticias y antigüedades de todo género que presenta.

²⁹ Su construcción es datada en la época del emperador Trajano (siglo II d.C.), aunque fue restaurado en el siglo X (bajo Abderramán III) y en el XVIII. Alcanza una longitud de 217 m y una altura máxima de 26 m.

³⁰ Manuel Martí (1663-1737), deán de la Colegiata de Alicante, fue uno de los más importantes humanistas de la temprana Ilustración valenciana.

³¹ *Vid.* HERNANDO SOBRINO, María del Rosario, «Manuel Martí o la legitimación del documento epigráfico», *Cuadernos de Filología Clásica. Estudios Latinos*, 26/2 (2006), págs. 193-208.

ta con ello su total sintonía con esta visión catastrofista de Martí. Cuenta para ejemplificarla una lamentable anécdota de la que había tenido noticia al haber ordenado el rector de la Universidad de Valencia volver a enterrar una serie de inscripciones romanas aparecidas en unas excavaciones recientes con motivo de su ampliación (págs. 384-385).

Más adelante, citaría también elogiosamente la ingente obra de Casiri que incluía el catálogo ya citado de los manuscritos árabes de la biblioteca del Monasterio de El Escorial, un *Catálogo de voces castellanas que tienen su origen en el árabe* (1771), y un vocabulario de topónimos árabes por encargo de la Real Academia de la Historia. Señala Swinburne su coincidencia con la adscripción que hace Casiri al origen etimológico de la palabra Escorial como un término procedente del árabe con el significado de «lugar lleno de rocas» frente a la interpretación antes mencionada del padre Sarmiento³².

También es objeto de un comentario elogioso un padre anónimo perteneciente a la congregación agustina del Monasterio de El Escorial que ejerció de *cicerone* durante su visita y del que incluye datos referentes a las descripciones de sus cuadros. La última cita de autores españoles que incluye Swinburne sería la de Antonio Ponz, al agradecer la inclusión en su *Viage de España* de una carta de un tal Mr. Henry en la que su autor defendía, con buen criterio según Swinburne, la indiscutible autoría original de Rafael Sanzio del cuadro *Madonna del Pesce* o *Nuestra Señora del Pez*. Efectivamente, en la *Carta IV* de su libro³³ Ponz hace alusión al cuadro y señala que evita dar más detalles del mismo al adjuntar al final de ésta una copia del escrito de un «caballero irlandés llamado (fray Jacobo) Henry» en la que se contestan todas las dudas sobre su autoría al tiempo que se explica su convencimiento de que pertenece a Rafael. Señala Ponz cómo la inclusión de esta misiva viene justificada por la necesidad de contrarrestar las dudas recientes suscitadas por el pintor real de origen italiano Giacomo Amiconi.

4. DOS TESTIMONIOS CONTEMPORÁNEOS: LA EXPEDICIÓN DE ARGEL Y LA PRODUCCIÓN DE BARRILLA

Swinburne dedica una gran parte de la Carta V de su libro a una traducción de un relato supuestamente escrito por un anónimo oficial español sobre la fallida expedición reciente contra Argel. Esta operación militar había resultado una catástrofe, con gran cantidad de bajas propias, y había sido dirigida con extraordinaria torpeza por el general español de origen irlandés Alejandro O'Reilly entre finales de junio y principios de julio del año 1775. Por tanto, en

³² Efectivamente, la cita es correcta ya que Casiri argumenta detalladamente el posible origen etimológico árabe de esta palabra, frente a la tesis del padre Sarmiento, en su *Biblioteca Árabe-Hispánica Escorialensis*, vol. II, págs. 61-64.

³³ PONZ Y PIQUER, Antonio, *Viage de España*, Madrid, Joachim Ibarra y Viuda de Ibarra, 1772-1794, 19 vols, vol. II, nota 1 (pág. 148) y págs. 173-178.

fecha muy reciente al comienzo del viaje de Swinburne, por lo que sus nefastas consecuencias todavía estaban muy frescas y el malestar muy extendido entre las tropas españolas destacadas en Barcelona. Dice Swinburne que el ánimo que le lleva a incluir esta traducción en su obra es el de dar a conocer una visión más real de los acontecimientos, y alejarse de la falta de rigor de la mayoría de los informes oficiales conocidos hasta la fecha. Con este fin, señala haber intentado evitar la inclusión en su traducción de gran parte de las «críticas y sarcasmos» que el autor del relato dirige a la figura del general O'Reilly y que pudieron haber sido dictadas, en opinión de Swinburne, «por la envidia o el despecho» (pág. 28).

El relato comienza con una descripción de la reciente carrera militar de O'Reilly y su ascenso meteórico en el seno del ejército hasta el punto de que, según apunta el anónimo autor con ironía y clarividencia, «no hay duda de que inmediatamente se le nombrará capitán general.» (pág. 29). Efectivamente, esto ocurriría bien pronto como se encarga de atestiguar Swinburne en la visita que efectúa a O'Reilly un poco más tarde durante su estancia en la ciudad de Cádiz, ya como capitán general de Andalucía. El resto del relato es un diario sucinto de lo ocurrido en el desembarco y posterior retirada de la costa argelina, realizado sin retórica alguna y tratando de reflejar la realidad de los acontecimientos de una manera sencilla y clarificadora. Las observaciones de su autor resultan casi siempre muy pertinentes y sirven para dar a conocer las principales razones que abocaron esta acción militar al fracaso, a saber la falta de una adecuada organización y sincronía entre los diferentes mandos, el empleo de una equivocada estrategia militar en el desembarco y, sobre todo, una total carencia de previsión logística que condenó a las tropas a sobrevivir en condiciones meteorológicas inclementes y sin el suministro adecuado de bebida y alimentos.

Podemos encontrar una descripción mucho más exhaustiva de los pormenores del fallido desembarco en la edición reciente de López Delgado titulada también *La expedición militar española contra Argel de 1775* que reproduce el manuscrito autógrafo del conde de Fernán Núñez³⁴. Se trata en realidad de Carlos Gutiérrez de los Ríos (1742-1795), sexto conde de Fernán Núñez, que abandonó su periplo por varias ciudades europeas para incorporarse a la expedición como brigadier al mando de la Brigada del Rey. Su relato, al revés que el aportado por Swinburne, incluye una larga serie de «reflexiones» sobre las principales causas de la derrota española y, especialmente, de los principios que debían de haberse seguido para evitarlas. En palabras de López Delgado, «parece ser que el Diario lo tenía muy adelantado —si no concluso— el conde de Fernán Núñez mes y medio después de la jornada argelina»³⁵ lo cual nos podría llevar

³⁴ FERNÁN NÚÑEZ, Conde de (Carlos Gutiérrez de los Ríos), *La expedición militar española contra Argel (Según el Diario de un testigo ocular)*, edición de Juan Antonio López Delgado, Murcia, 2001.

³⁵ FERNÁN NÚÑEZ, Conde de (Carlos Gutiérrez de los Ríos), *La expedición militar española contra Argel...*, pág. XXVII.

a pensar en la posibilidad, remota, de que fuera el que Swinburne tomara como referencia. Sin embargo, un cotejo detallado de ambos textos nos permite afirmar que nada tuvieron que ver el uno con el otro, salvo la inexcusable referencia a la descripción de unos mismos y trágicos acontecimientos.

Durante su estancia en Cartagena tiene la ocasión de conocer a un comerciante, James McDonnell, según Swinburne «posiblemente» irlandés, que regentaba un comercio en la zona y que le informa detalladamente de las diferencias existentes entre los cuatro tipos de barrilla. Esta era una planta muy apreciada en la época y que se utilizaba para fabricar el jabón, elaborar cristal o para teñir tejidos. Posiblemente se trate de un familiar directo del Emiliano McDonnell al que unos años más tarde conocería Joseph Townsend y que también ejercería como anfitrión durante la estancia de éste en Cartagena. Resulta bastante probable que ambos fueran hijos del primer McDonnell del que tenemos noticia en la zona, Alejandro McDonnell Stuart, que se casó en 1707 en Cartagena con María Pinela Briñola, natural de esta ciudad. Un descendiente suyo, don Reinaldo McDonnell, fundaría con Pedro Joanicot una casa de comercio propia dedicada entre otras actividades a la venta y exportación de la barrilla, actividad que sería continuada por su hermano Emiliano McDonnell, ya citado, y Roberto Ryan con delegaciones en Almería y Benicarló (Castellón)³⁶.

Las difíciles relaciones de los irlandeses con la corona británica habían llegado a su punto álgido en 1690 tras el acceso de Guillermo de Orange al trono y al posterior acoso y aislamiento al que se vieron sometidos los representantes y practicantes de la Iglesia Católica, mayoritaria en Irlanda. Por esta razón, no serían pocos los irlandeses que emigraran en busca de una situación más favorable y que encontrarán en España una cierta simpatía favorecida por la aprobación de un real decreto en 1718, bajo el reinado de Felipe V, en el que se prorrogaban sus privilegios y se les concedía autorización para formar parte de cualquier estamento político o militar del país³⁷. Uno de los lugares elegidos para establecerse sería el levante peninsular dada su relativa prosperidad en la época. Y en especial Cartagena, cuyo comercio experimentaría un período de cierto auge, debido a las demandas del recientemente construido Arsenal de Marina y al notable crecimiento demográfico de la ciudad.

³⁶ En un expediente (CH02217-00004) existente en el Archivo Municipal de Cartagena y formado por este Ayuntamiento, por Real Orden, sobre la situación del comercio en la ciudad se informa de que, entre otras casas de comercio, se encuentra la de «Joanicot, McDonnell y compañía». Una información extensa de la colonia irlandesa en Cartagena durante esta época es la proporcionada por el historiador y archivero MONTJOJO MONTJOJO, Vicente, «El comercio de Cartagena en el siglo XVIII», en: *Cartagena puerto de mar en el Mediterráneo*, edición de José María Rubio Paredes, Cartagena, Autoridad Portuaria, 2005.

³⁷ *Apud* LARIO DE OÑATE, M^a del Carmen, «Irlandeses y británicos en Cádiz en el Siglo XVIII», en: VILLAR GARCÍA, M^a Begoña y PEZZI CRISTÓBAL, Pilar (eds.), *Los extranjeros en la España moderna, Actas del I Coloquio Internacional celebrado en Málaga del 28 al 30 de noviembre de 2002*, Madrid, Ministerio de Ciencia y Tecnología, 2003, vol. I, pág. 419.

Como señala el profesor Franch, después de la lana y la seda la tercera materia prima en importancia para los extranjeros en el litoral levantino era la barrilla, su producción, junto a la de sosa, se extendía por todo el sureste español y su exportación gozaba ya de una extensa tradición que se remontaba a los siglos XVI y XVII³⁸. Por tanto no es nada extraño que Swinburne prestara tanta atención a la descripción ofrecida por James McDonnell de los cuatro diferentes tipos de barrilla existentes en la zona y a su diferente utilidad comercial, y que la incluyera en su libro al igual que, años más tarde, haría también otro visitante célebre, el viajero inglés Joseph Townsend. Éste último señala que el éxito de su exportación se debía a la «superior calidad» de la producida en esta zona y también «al señor McDonnell» toda vez que, en su opinión, «es a él a quién debe atribuirse el floreciente estado en el que se encuentra»³⁹. Todo ello justificaría, por tanto, la importancia otorgada por Swinburne al dedicarle nada menos que cuatro páginas enteras de su libro, seguramente con la esperanza de que una descripción tan prolija resultara de interés para muchos de sus contemporáneos (págs. 129-133).

5. EPÍLOGO

Como hemos visto, Swinburne se nos presenta como un viajero culto y curioso, conocedor de lenguas vivas (el inglés, el francés y el italiano) y muertas (el latín), y deseoso de dar a conocer en su país una realidad a la que es muy difícil acceder a los británicos en aquella época de otra forma que no fuera la literaria. Los libros de viaje habían experimentado un notable éxito y determinados países de Europa, como Italia o Francia, eran frecuentemente visitados por los hijos de las clases pudientes para conocer las bellezas de la cultura clásica y los refinamientos de la vida moderna. El importante desarrollo económico, político y cultural de Gran Bretaña favorecía la existencia de un público ansioso por conocer otras realidades menos conocidas y más alejadas de la suya propia. Y aquí entra la labor, entre otros viajeros, de Henry Swinburne. La gran variedad en la utilización de fuentes de procedencias y épocas diversas nos revela un personaje que, sin ser propiamente un erudito, poseía amplios conocimientos artísticos, históricos y literarios, aunque estuviera también imbuido de una serie de prejuicios que le impedían retratar la realidad presente de un modo más optimista o al menos objetivo. El país estaba atrasado, es cierto, pero no tanto como parece desprenderse de la lectura del libro de Swinburne. Los sucesivos gobiernos de Carlos III estaban haciendo un gran esfuerzo en la tarea

³⁸ FRANCH BENAVENT, Ricardo, «El papel de los extranjeros en la actividades artesanales y comerciales del Mediterráneo español durante la Edad Moderna», en: *Los extranjeros en la España moderna...*, vol. I, pág. 59.

³⁹ TOWNSEND, Joseph, *Viaje por España en la época de Carlos III (1786-1787)*, traducción de Javier Portus, Madrid, Turner, 1988, pág. 355.

de modernizar la industria, las comunicaciones y el comercio, y la situación cultural, si bien lejos de la gran diversidad y riqueza de otras épocas anteriores, tampoco era la de un páramo absoluto como el que describe Swinburne.

Tal era su admiración por la cultura árabe, en especial por su arquitectura, que apenas encontraba valor en el resto de lo que contemplaba y, a menudo, cuando lo hacía, el retrato no resultaba demasiado elogioso. Esa falta de objetividad lastra, sin duda alguna, el resultado final de la obra pero no impide valorar algunas de sus aportaciones más destacadas. Sus opiniones, a pesar de la crítica, merecen ser mejor conocidas por la historiografía española del siglo XVIII que, a menudo, cuando habla de viajeros ingleses apenas menciona la figura de Joseph Townsend, en contadas ocasiones la de Alexander Jardine y, casi nunca, la de Swinburne. Es indudable que ha pesado mucho en esta valoración la acerada crítica de esta obra que realiza José Nicolás de Azara en el prólogo a la segunda edición de la *Introducción a la Historia Natural y a la Geografía Física de España* de Guillermo Bowles (Madrid, 1782), reproducida después por Antonio Ponz en su *Viaje Fuera de España* (Madrid, 1785). Ésta resultaba ser fruto del apasionamiento, legítimo sin duda, que la difusión y el alcance de la leyenda negra había despertado entre la inteligencia ilustrada en defensa del prestigio internacional de España. Sin embargo, para hacer justicia a esta obra faltaba entonces el necesario distanciamiento que nos permite su contemplación desde la realidad presente. Una realidad que aún conserva una gran herencia de esta época ilustrada y donde, por fortuna, ya se pueden disfrutar muchas de las legítimas aspiraciones de mayor libertad y justicia social que hundieron gran parte de sus raíces en los pensamientos y anhelos de algunos de los más destacados pensadores de la Ilustración, española y europea.

Recibido: 15-02-2008

Aceptado: 27-11-2008